

## Recuerdo de Charlton Heston (1923-2008)

### El hombre de piedra

En su autobiografía, DeMille formula su convicción de que el parecido de Heston con el Moisés de Miguel Ángel lo predestinaba a encarnar el profeta de *Los diez mandamientos*, y relata que el actor, para habitar su personaje, recorría el desierto con el traje de época antes de cada una de sus grandes escenas, como aquella en la que desciende del Sinaí tras su visión de la zarza ardiente, con los pies descalzos y el rostro iluminado. En esa secuencia la voz de Dios es de hecho la de Heston, ralentizada y acentuados los graves. Es una imagen parecida (Moisés llevando las Tablas de la Ley, con el cabello y la barba blancos debido a la irradiación de la luz divina) que par Abraham Moles definirá la esencia misma del *kitsch*. Diplomado por la prestigiosa Universidad de Northwestern, Heston no era un salvaje primitivo y un hilo rojo shakesperiano atraviesa toda su carrera, desde la película de aficionados sobre Julio César en la que interpreta a *Marco Antonio* (1949) a su aparición en el *Hamlet* de Kenneth Branagh (1996). Pero dotado de un físico atlético y, sobre todo, de un rostro escultural que invita a la comparación con el monte Rushmore, Heston hace valer esas cualidades en primer grado, sin los manierismos de Brando, su contemporáneo exacto. Esa presencia majestuosa le convirtió en la estrella de numerosas películas épicas, entre ellas el *Ben-Hur* de Wyler, que le reportó un oscar en 1959 y *El Cid*, de Anthony Mann, donde rivaliza en nobleza con la Jimena de Sophia Loren. Para el macmahoniano Michel Mourlet, Heston no era un actor, era un axioma del cine. A partir de *El planeta de los simios* (1968) se orienta hacia papeles de científicos musculosos en películas de catástrofes o de ciencia ficción, que contribuyen a establecer los cánones de la película de acción. Su físico es también su limitación. Otra fuerza de la naturaleza, como Victor Sjöström, sabía expresar ternura y nostalgia; la mandíbula demasiado poderosa de Heston le impedía hacer lo mismo. Para suscitar la emoción, necesitó convertirse en esclavo, humillado y sufriente (*Los diez mandamientos*, *Ben-Hur*, *El planeta de los simios*) En *Terremoto* (1976) la pareja que forma brevemente con Genevieve Bujold, una porcelana delicada siempre vestida de rosa, parece incongruente y, sin embargo, hay una justicia poética en la muerte en el agua que le reúne con Ava Gardner, monstruo sagrado y devastado, más digna de su grandeza. En *Sed de mal*, de Welles, el matrimonio Vargas (Charlton Heston / Janet Leigh) juega de manera más fina la alianza de la fuerza protectora y de la gracia amenazada. Al final de su vida fue conocido y vilipendiado sobre todo por sus posturas conservadoras y la presidencia de la Asociación Nacional del Rifle. Como Reagan, Heston había sido al

principio un liberal, presidente del sindicato de actores, militante por los derechos civiles, compartiendo cabecera de cartel con la actriz afro americana Rosalind Cash, cooperando con los *mavericks* de Hollywood: Welles, pero también Tom Gries y Peckinpah. Otros hilo rojo, los papeles en películas del oeste, lo ligan con el principio de su carrera, por ejemplo con *Hoguera de odios*, de Charles Marquis Warren, donde, ya oficial de caballería, se enfrenta a Jack Palance como jefe indio. Tiene sentido del humor (vease su Richelieu en *Los tres mosqueteros* de Richard Lester) e incluso sex appeal: véase su personaje de Boake Tackman en *Pasión bajo la niebla*, de Vidor, donde lleva el smoking blanco con elegancia antes de sucumbir a la venganza amorosa de Jennifer Jones en el fango de los pantanos.

**Jean-Loup Bourget**, *Positif*, nº 568, junio 2008.